

el canon decadentista que hallaba su paradigma en el *A Rebours*, de Huysmans, tanto como «descripción clínica de la evolución de una enfermedad nerviosa» cuanto porque su personaje «no hace sino la confesión particular de una personalidad depravada y solitaria, pero, al mismo tiempo, nos escribe la nosografía de una sociedad putrefacta de materialismo [...]»⁹. También Gabriel Quiroga imitó la figura del *dilettante*, hasta que este exceso de intelectualidad lo indujo a replegarse sobre sí mismo para comenzar a analizar su Yo. Pero he aquí que cuando todo en el texto permite suponer que se nos va a relatar en tono intimista la historia de esa alma, súbitamente este personaje decadente se interesa por el mundo exterior, y justamente estas impresiones, y no las referidas a su pura subjetividad, son las que ha decidido publicar en forma de este libro. Esta extroversión tan poco decadentista es simultánea con el nacimiento de una nueva pasión también pública: el patriotismo.

De allí en más el autor despliega numerosos lugares comunes que explorará luego con prolijidad el nacionalismo tradicionalista argentino, y que en el caso de Gálvez se apoyaba en algunos aspectos en los autores de la generación del 98 española. Esos sentimientos han sido transmitidos a Gabriel Quiroga por los paisajes locales y por sus antepasados criollos, de los que no se halla ausente el rencor atávico al extranjero. Pero además ese espíritu lo ha encontrado allí donde subsiste, o sea, en las provincias del interior, que con su amor a las tradiciones, su culto a la patria, su odio al extranjero, su sentimiento de la nacionalidad y su espíritu americano, encarnan «la mejor expresión posible, actualmente, de la resistencia a la desnacionalización...».

Ha sonado, pues, la hora de recuperar la vida espiritual del país, ofuscada por el craso materialismo de la ciudad de Buenos Aires, penetrada por la civilización contemporánea, el cosmopolitismo y «su moral canallesca de "ciudad tentacular"». Este objetivo implica una relativización del veneno liberal, cuestionándolo en uno de sus núcleos esenciales —la libertad de creencia—, e inaugurando una notable y novedosa contradicción entre libertad y nación: «La mejor medida de policía espiritual sería expulsar del país a todos los apóstoles de religiones extranjeras y de doctrinas sociales internacionalistas. La Constitución es sin duda muy respetable —arguye Gálvez— pero la nacionalidad debe primar sobre la Constitución; la salvación de aquélla exige la violación de ésta».

Sin duda, estamos frente al caso extremo de un nacionalismo de intelectual cuya representatividad quizá no habría que exagerar. Y sin embargo, a Gálvez no se le escapa que esta regeneración nacional no puede prescindir de los intelectuales, especialmente de esos tenaces y laboriosos muchachos provincianos que vienen a conquistar Buenos Aires y «traen al am-

⁹ Todas las citas de Gálvez remiten a El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina, Buenos Aires, A. Moen & Hno. Ed., 1910.

biente materialista de la capital sus inquietudes espirituales (...). Uno de estos jóvenes era el propio Gálvez; otro, Ricardo Rojas, que inscribe *La restauración nacionalista* en el interior de una versión historiográfica que privilegie asimismo los contenidos espirituales de la civilización¹⁰. La idea de nación incluirá por eso la emoción del paisaje, el amor al pueblo natal, el hogar y la tumba de la familia, una lengua y una tradición comunes. Este nacionalismo, empero, en el caso de Rojas no se reclama del barresiano, sino que expresamente demanda para sí las connotaciones del pacifismo y el laicismo. De aquí se deriva todo un programa de reforma educativa que debe tener sus ejes en la enseñanza de la historia y de la lengua, en cuya continuidad se halla la fundación misma de la institucionalidad de la cátedra de Historia de la Literatura Argentina, a cuyo frente se ubicaba el propio autor de *La restauración nacionalista*. Y es que «en pueblos nuevos y de inmigración, como el nuestro, la educación neohumanitaria deberá tener por base la lengua del país, la geografía, la moral y la historia moderna». Sólo la ejercitación de estas disciplinas, que eleven a la escuela al rango de «institución nacionalista», podrán resolver la escisión planteada por la modernidad en nuestras tierras, ya que «es el pueblo disperso y heterogéneo el que falla entre nosotros, y sólo podremos salvarnos por la comunidad mental, y una rígida disciplina de ideas». He aquí, entonces, que si el desierto ya no es, como para Alberdi, el vacío por ser colmado, el intelectual se ofrece ahora como restaurador de ese inconsistente pasado que el cosmopolitismo ha venido a oscurecer de manera aún más amenazante, con el objeto de contribuir a la formación de una conciencia nacional. No es preciso aguardar para este renacimiento a una catástrofe bélica; esta catástrofe tan temida, en rigor, ya ha ocurrido: «El cosmopolitismo en los hombres y las ideas, la disolución de viejos núcleos morales, la indiferencia para con los negocios públicos, el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción popular del idioma, el desconocimiento de nuestro propio territorio, la falta de solidaridad nacional, el ansia de la riqueza sin escrúpulos, el culto de las jerarquías más innobles, el desdén por las altas empresas, la falta de pasión en las luchas, la venalidad del sufragio, la superstición por los nombres exóticos, el individualismo demoleedor, el desprecio por los ideales ajenos, la constante simulación y la ironía canalla —cuanto define la época actual—, comprueban la necesidad de una reacción poderosa en favor de la conciencia nacional y de las disciplinas civiles». Este riesgo de disolución, aun en alguien que como Rojas defiende expresamente el carácter democrático de sus posiciones, conduce otra vez a reaccionar en contra del «excesivo liberalismo» que habría caracterizado a la cultura argentina del siglo XIX, en su afán por «copiar el principio

¹⁰ Ricardo Rojas, *La Restauración nacionalista. Crítica de la Educación Argentina y Bases para una Reforma en el Estudio de las Humanidades Modernas*, Buenos Aires, A. Peña Lillo editor, 1971, pág. 27.

de la libertad de enseñanza de países que nada tienen de común con «este pueblo heterogéneo y de inmigración».

Por fin, Leopoldo Lugones mostrará, en sus conferencias en el Odeón, de qué modo era posible explotar la prosa modernista como instancia argumental para construir la nueva mitología del pasado gaucho. El escritor posee aquí la capacidad de espiritualizar la materia, y hacerlo le permite detectar la esencia de la nacionalidad, que reside en «un estado espiritual al cual llamamos el alma de la raza»¹¹. La raza y la nacionalidad son espíritu, y así forman sistema con la poesía en tanto ella es palabra y música, que es la sustancia misma del arte al operar la máxima espiritualización de la materia. La presencia material del gaucho ha sido de ese modo sublimada por el poema de Hernández, y ahora es otro poeta, el propio Lugones, el que se autoriza como restaurador de un linaje y legitimador de un pasado.

Ya en la *Didáctica* (1910), Lugones había advertido contra los efectos «babilónicos» de la inmigración, que al deformar el idioma iniciaban nada menos que «la desintegración de la patria»¹². Es así como en *El payador* enuncia el conocido desafío retórico donde fusiona un escenario de duelo criollo con la xenofobia y la renuncia al principio electoral de la doctrina liberal: «La plebe ultramarina, que a semejanza de los mendigos ingratos nos armaba escándalo en el zaguán [...] Solemnes, tremebundos, inmunes con la representación parlamentaria, así se vinieron. La ralea mayoritaria paladeó un instante el quimérico pregusto de manchar un escritor a quien nunca habían tentado las lujurias del sufragio universal...».

Es posible imaginar que con los aplausos de la selecta concurrencia a esas conferencias, se cerraba el círculo abierto por el lamento de la descasación de los valores aristocráticos en la que estos intelectuales finiseculares habían coincidido de hecho con las preocupaciones por la búsqueda de una identidad nacional que era activamente demandada no sólo desde el Estado. En esa reflexión inventaron una tradición criolla que legitimó a ese pasado frente a los riesgos de la extranjería; en esa reflexión hallaron simultáneamente la fuente de su propia legitimidad.

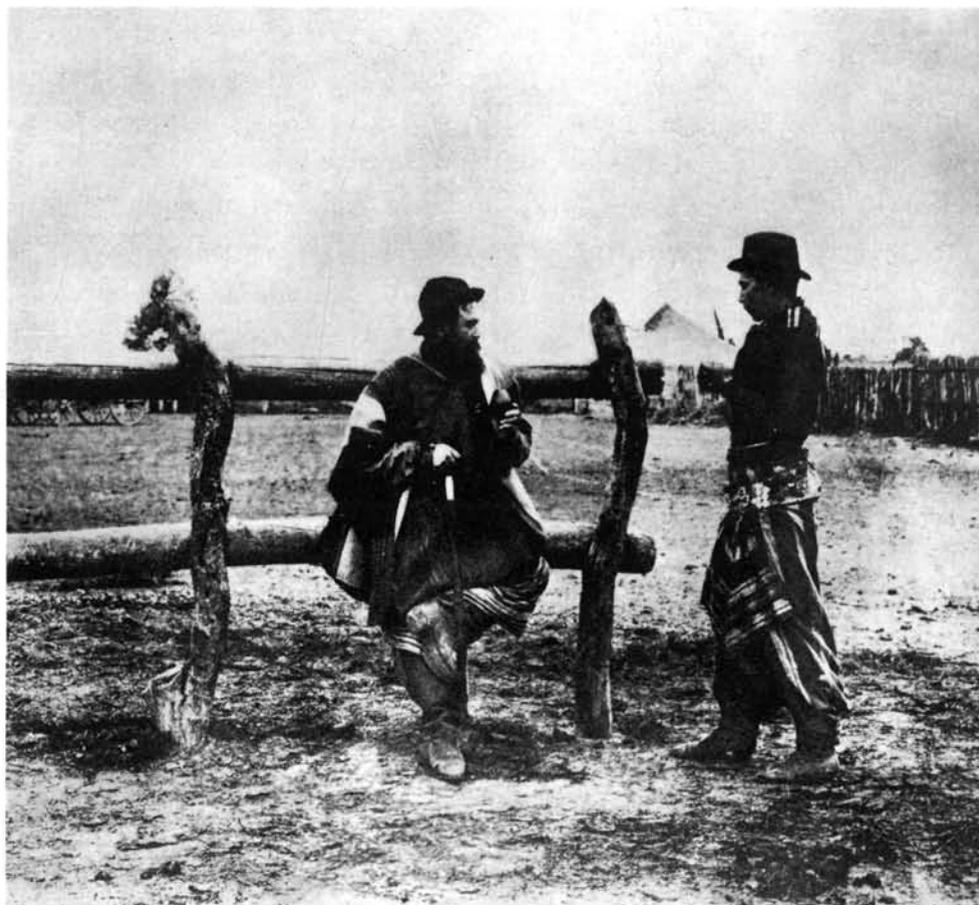
Quisiera que ahora se retomara el hilo de mi razonamiento. He leído no sin inevitables esquematismos el formidable proceso de modernización finisecular en la Argentina desde sus efectos democratizadores, y he entendido esa democratización vivida desde la élite política e intelectual como la impugnación a un orden aristocrático que era no únicamente una instancia de dominación: era un entramado simbólico que protegía contra la anómia al organizar el mundo social y dotar de sentido a la existencia individual. Por eso al pasar al análisis del campo intelectual me he centrado en algunos efectos de la modernización en su conexión con la problematización de la identidad nacional, puesto que el desencantamiento weberiano

¹¹ Véase Leopoldo Lugones, *El payador y antología de poesía y prosa, prólogo de Jorge Luis Borges; selección, notas y cronología de Guillermo Ara, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.*

¹² Lugones, op. cit., pág. 285.

generado por la modernidad tendió a ser cubierto mediante la constitución de un nuevo campo de identificaciones y de sustento allí donde las ciencias vaciaban de credibilidad a las ideas religiosas. La Nación, ahora sí con mayúscula, vino a cubrir ese vacío tan difícil de llenar, y en su tematización, una franja de intelectuales argentinos encontró que este espejo estrábico les devolvía el rostro de su propia legitimidad social.

Oscar Terán



Fotografía de Rómulo Ayerza (hacia 1885)